

La construcción de los imaginarios colectivos sobre jóvenes, participación y política en España

A lo largo de estos 30 años, los estudios de juventud han sido un elemento fundamental para ir configurando una interpretación colectiva, una forma de entender la relación que los jóvenes españoles mantienen con la política y en general con el ámbito de lo público. La preeminencia de un enfoque positivista-individualista sobre otros más colectivos e interpretativos, la escasa atención otorgada a algunos aspectos de la condición ciudadana juvenil o el olvido de la dispar forma en que unos jóvenes y otros se relacionan con lo público han sido decisivos para proyectar durante mucho tiempo una imagen despolitizada de las nuevas generaciones. Pero junto a este imaginario de despolitización también se ha generado una imagen alternativa centrada en el activismo juvenil, que resalta la capacidad de determinados grupos de jóvenes para convertirse en actores sociales y políticos. Este segundo imaginario colectivo ha adquirido una notable notoriedad en los últimos años proyectando así la imagen –no exenta de grandes dosis de idealización– de una generación comprometida y participativa que amplía los límites de lo político.

Palabras clave: Imaginario colectivo, despolitización, desafección política, activismo juvenil, política era digital.

1. Introducción

La relación entre los jóvenes y la política es un tema que siempre suscita gran controversia pública por cuanto está vinculado con aspectos fundamentales de la organización y el funcionamiento de la vida social. Esta relevancia justifica las disputas y polémicas entre las diferentes interpretaciones que buscan dar sentido a la realidad social, a la posición de los jóvenes en la misma y a la propia noción de política. En este proceso de construcción de imaginarios colectivos ⁽¹⁾ los estudios de juventud juegan un papel clave por cuanto con sus preguntas y análisis sobre jóvenes y política legitiman sentidos, definiciones e imágenes sociales que tienen efectos sobre la propia realidad que nombran y sobre sus actores.

(1) Para Duarte los imaginarios colectivos son “*figuras interpretativas de nuestro entorno que le otorgan plausibilidad a una determinada interpretación de la realidad social, en la medida que dicha interpretación –en sus grandes rasgos– es socialmente compartida*” (Duarte, 2015: 23).

En base a lo anterior, el objetivo de este artículo es analizar la contribución de los estudios de juventud a la elaboración de interpretaciones colectivas sobre la relación de los jóvenes españoles con la política y, en general, con el ámbito de lo público, a lo largo de estas tres últimas décadas. Este ‘estado del arte’ no se entiende como una mera evolución histórica de enfoques de investigación que refleje la evolución de la realidad sociopolítica española, sino más como un contraste polémico entre formas de plantear

la vinculación política juvenil y el propio sistema democrático, que guardan una relación dialéctica con los cambios sociales y políticos del contexto. Así, la imagen de apatía, desafección y pasotismo, que casi se ha convertido en una representación 'natural' de la juventud durante estos años, ha coexistido, no sin contradicciones, con la de un activismo juvenil que amplía los límites de la política.

En el juego de estos dos imaginarios situaremos nuestro análisis de la producción investigadora. No nos proponemos, sin embargo, hacer un trabajo de recopilación bibliográfica, sino un repaso de las principales líneas de trabajo que se han seguido, que ilustraremos con la referencia a algunos estudios representativos de esos diagnósticos.

El artículo comienza con una reflexión sobre los aspectos fundamentales a tener cuenta cuando se aborda el análisis de la implicación política de los jóvenes. A partir de estas diferentes formas de plantear e interpretar la vinculación jóvenes-política, analizamos en sendos apartados las dos visiones contrapuestas a las que nos hemos referido anteriormente, para finalizar en un último apartado con algunas ideas sobre las futuras líneas de trabajo a seguir por los estudios de juventud dentro de este campo de trabajo.

2. Ciudadanía, participación e integración sociopolítica de los jóvenes

El estudio de la participación política de los jóvenes posee una larga historia puesto que el interés por la singularidad de sus formas de implicación aumentó a medida que el análisis sociopolítico admitía que la edad era una variable clave para comprender las diferentes formas e intensidades del comportamiento político en los sistemas democráticos contemporáneos (Verba, Nie y Kim, 1978). Paralelamente, las especificidades de la participación juvenil se advirtieron desde los primeros estudios de juventud, a partir de finales de los sesenta, puesto que una de las cuestiones más urgentes era explicar las raíces de su potencial contestatario y su significativa presencia en los "nuevos movimientos sociales".

En el caso español, ya en el tardofranquismo pero sobre todo a partir del restablecimiento de la democracia, sociólogos e historiadores se interesaron por el papel de los jóvenes –en especial del movimiento estudiantil– en la contestación al franquismo y en los conflictos que marcaron la transición política (Maravall, 1978; González Calleja, 2009). Pero no nos interesa detenernos en estos antecedentes, sino considerar la etapa en la que se empezó a reflexionar sobre los jóvenes en una democracia 'normalizada'. Dichas investigaciones no han tenido un papel demasiado destacado en los estudios de juventud, pero sí han contribuido a componer la imagen de una "juventud como problema" que, aunque con matices diferentes, ha predominado desde entonces.

En estos trabajos, los cambios en los temas de interés y en los diagnósticos responden a transformaciones en los paradigmas académicos, pero también a las nuevas condiciones que afectan a la vida y a las transiciones de los jóvenes. En definitiva, el surgimiento de nuevos focos de análisis, la matización de antiguas certidumbres y las nuevas preocupaciones y temas de estudio son el resultado de un proceso complejo de influencia mutua entre cambios socio-históricos, interpretaciones académicas y discursos públicos.

En esta confluencia de lógicas de acción, los diagnósticos resultantes producen representaciones colectivas bastante estables, en las que se articulan diferentes respuestas al cuestionamiento sobre la politización juvenil; es decir, coexisten distintas imágenes del vínculo jóvenes-política, aunque el peso de cada una de ellas varíe a lo largo del período analizado. Por consiguiente, podemos establecer una tipología basada en la interpretación dominante acerca del modo en que los jóvenes entienden y ponen en práctica su condición ciudadana.

Tres son las cuestiones clave que permiten ubicar los argumentos de cada una de estas representaciones, entender sus énfasis y sus omisiones y olvidos. La primera es la forma en que se establece la relación entre la participación de los jóvenes y sus procesos de integración social. Los estudios más convencionales de participación política no incorporan una de las principales especificidades de la condición juvenil: los jóvenes se encuentran insertos en tránsitos –más o menos complejos y dilatados– hacia la vida adulta. Concretamente, el modelo socioeconómico –asociado con la escuela pluralista– ‘naturaliza’ las transiciones al manejar una concepción lineal de las mismas en las que los procesos de integración sociopolítica son sustancialmente similares para todos/as y están marcados únicamente por la edad. En el polo opuesto, la idea de jóvenes como “ciudadanos en construcción” aborda este fenómeno desde otro ángulo, ‘problematiza’ el vínculo entre integración económica, social y política, y profundiza en las complejas –y en ocasiones contradictorias– relaciones entre dichos procesos (Benedicto y Morán, 2003). De ahí que hable de los jóvenes “en plural”, considerando cómo las principales dimensiones de la desigualdad social intervienen en su propia concepción de miembros de la comunidad política, en su ubicación en el seno de la misma y en sus prácticas de ciudadanía.

Una segunda dimensión a analizar en estos diagnósticos es la concepción de la política que se maneja a la hora de calificar la participación. En este caso, nos movemos entre una concepción muy estricta, restringida prácticamente a aquellas actividades relacionadas con la vida política representativa, en la que el voto y las organizaciones y actividades relacionadas con el mismo definen un ámbito estrecho pero bien delimitado. Aunque se admiten formas de participación no convencional –vinculadas fundamentalmente a la política de la protesta–, se les suele atribuir un carácter secundario y, además, potencialmente desestabilizador para los sistemas democráticos. Pero, desde hace tiempo el análisis socio-político ha tratado de superar esta visión “maniquea” de la participación. El principal argumento para ampliar su significado es que una concepción limitada impide comprender un importante cambio de la vida política contemporánea: la diversificación de los canales y formas de la puesta en práctica de la condición ciudadana. Esta concepción ampliada del ámbito político es especialmente rica cuando se desean captar las transformaciones de la implicación cívica juvenil. Pero también aumenta la complejidad del análisis, al tiempo que se enfrenta a una inevitable ambigüedad puesto que difumina las fronteras entre lo político y lo social (Parés, 2014).

Por último, el estudio de la participación juvenil revela el difícil equilibrio entre estructura y agencia que caracteriza el análisis sociológico contemporáneo. Afirmar que el ejercicio de la ciudadanía de los jóvenes está influido por los factores que impulsan u obstaculizan su integración socioeconómica no significa negar su capacidad de acción. De hecho, los estudios de sus transiciones apuntan en sentido contrario (2). Para bien o

(2) Sobre el impacto de los estudios sobre transición en los estudios sobre participación política, ver el artículo de Casal, García y Merino en este monográfico. [Nota de los Coordinadores].

para mal, los jóvenes son cada vez más actores “en primera persona” de la adquisición de autonomía en la medida en que se ven empujados a realizar elecciones constantes de las que dependen sus éxitos o fracasos en las mismas (Benedicto et al., 2014). Esta capacidad de agencia juvenil se olvida muy a menudo en la investigación sobre la participación política juvenil. Bien sea porque se considera que están insertos en un proceso natural, lineal e inevitable hacia la vida adulta, o porque se insiste en las constricciones estructurales que afectan a sus vidas, se observa una tendencia a prestar poca atención a su ‘voz’ y a sus posibilidades de agencia. Incorporar, por tanto, los discursos y narrativas de los propios jóvenes a la práctica investigadora habitual en este campo se revela como un instrumento decisivo para captar la complejidad, y las contradicciones, del modo en que se convierten en ciudadanos en unos contextos de transformación de la propia juventud.

3. El imaginario despolitizado de la juventud: distintas lecturas de la realidad

El discurso dominante sobre los jóvenes en cada coyuntura socio-histórica es el producto de un complejo proceso de interacciones entre los modos de comportamiento juvenil más habituales, la representación social de los adultos sobre las nuevas generaciones, la autoimagen que los jóvenes tienen de sí mismos y el reflejo que todo ello tiene en el discurso de los medios de comunicación. El resultado suele ser una imagen social ambivalente, en la que juegan un importante papel los modelos de referencia que se utilizan para realizar evaluaciones.

Pues bien, en el caso de la relación de los jóvenes españoles con la realidad política, el discurso dominante durante bastantes décadas –y que aún hoy se puede rastrear en múltiples instancias– les atribuía una cierta rebeldía e inconformismo pero muy matizada ante el rasgo dominante que era su desapego hacia la política democrática. Esta aparente apatía política contrastaba, además, con la imagen idealizada que se tenía de la politizada generación de la transición. Aunque durante estos años se suceden las quejas y lamentos de los adultos sobre lo que consideran egoísmo de los jóvenes, el hecho innegable es que esta representación despolitizada de la juventud, ampliamente asumida por la investigación sociopolítica, resultaba funcional para una concepción formal e institucionalista de entender la práctica democrática, promovida e impulsada desde las elites.

3.1. La “normalización” de una juventud políticamente apática

La difusión de una imagen de jóvenes políticamente apáticos comenzó a perfilarse desde mediados de los años ochenta, el período de ‘rutinización’ de la democracia en España. Para comprender sus bases, así como su rápida difusión, conviene comenzar tomando en cuenta los marcos en los que se inscribió.

Entender el distanciamiento de los jóvenes de la esfera de la política como un fenómeno “normal”, que no suscita problemas relevantes para la vida democrática, se corresponde con un enfoque pluralista, hegemónico en el análisis sociopolítico al menos desde la década de los cincuenta,

que atemperaba los planteamientos republicanos acerca del papel de la implicación cívica. Dicha perspectiva privilegiaba la participación política institucional –vinculada con las instituciones de representación– y miraba con recelo las formas de implicación “no convencionales”. Se aceptaba, e incluso se fomentaba, una moderada intensidad de la participación política de un ciudadano “naturalmente” alejado de las cuestiones públicas. Dicho planteamiento se reforzó por la concepción tradicional de la cultura cívica así como por el modelo socioeconómico de explicación de la participación política (Morán, 1997). Por lo que respecta a los jóvenes, se recurría a la explicación del ciclo vital, considerando que la edad es una variable significativa de los fundamentos culturales de la implicación política (interés por la política, competencia interna y externa...). Así, su distanciamiento se atemperaría a medida que éstos asumieran los roles de adultos, lo que supondría mayores niveles de implicación política (Moral y Mateos, 2002).

En el caso español, estas explicaciones se insertan en la particular interpretación de la “matriz cultural” de la joven democracia española, que triunfó en los noventa. Se extendió entonces la convicción de que se había construido una cultura política plenamente comparable con la de las asentadas democracias occidentales, lo que explicaba el fin de las elevadas expectativas que había provocado la transición política y un cierto retraimiento al ámbito privado. Ambos hechos se consideraban, pues, como prueba de normalidad de la vida democrática rutinaria, aunque se admitía que la desafección política era un elemento estable de la cultura política española que no afectaba de forma significativa a la legitimidad del sistema democrático.

A estas interpretaciones hay que unir los nuevos diagnósticos sobre la transformación de los sistemas de valores en España que se interesaron en mostrar la sustitución de los valores tradicionales por otros plenamente modernos propios de la naturaleza de la ciudadanía contemporánea (Orizo, 1996; Noya, 1991). Estos trabajos señalaron el crecimiento de todos los índices de bienestar personal (satisfacción, libertad de elección y control sobre la propia vida...), especialmente significativo entre los jóvenes. Ello provocaba un aumento de las demandas de libertades y de autonomía personal mayor que en el resto de los países europeos y, por tanto, niveles más altos de permisividad moral en la esfera privada y en el ámbito de las libertades personales (Orizo, 1996). Por su parte, Torcal (1989, 1992) afirmó que el alza de valores “libertarios” y hedonistas era clave para la difusión del posmaterialismo, en la línea de lo mantenido por Inglehart (1991). Aun así, se mantenían valores de solidaridad ciudadana, igualitarios y estatistas, que explicaban el peso que se seguía otorgando al Estado en el mantenimiento del bienestar y en la reducción de las desigualdades sociales (Noya y Vallejos, 1995).

En el terreno concreto de los estudios de juventud, el fenómeno del alargamiento de la juventud y sobre todo el importante retraso en la emancipación juvenil que ponen de manifiesto los datos estadísticos abrieron un interesante debate sobre las razones que llevaban a los jóvenes españoles a permanecer en casa más allá de lo habitual en otros países y sobre las consecuencias que ello acarrea (Gil Calvo, 2002). El análisis de la dependencia familiar obligará a poner en relación las ‘nuevas’ aspiraciones juveniles de realización personal y profesional con las estrategias que jóvenes y familias ponen en marcha.

Pero no sólo son importantes los argumentos que se ponen en juego sino también los presupuestos teóricos y analíticos desde los que se formulan. En concreto, hay que referirse a la utilización predominante de una concepción individualista y en gran medida descontextualizada de la participación política como conjunto de acciones preestablecidas institucionalmente que realizan los ciudadanos (Benedicto, 2004). Una concepción que además se refuerza por la utilización de las encuestas de opinión como principal fuente de información para el análisis de actitudes, valores y comportamientos políticos de los jóvenes.

Sobre este conjunto de presupuestos, se edificó la imagen de unos jóvenes despreocupados y hedonistas, alejados de lo público y escasamente interesados y comprometidos con la política. Dos son los rasgos centrales de esta representación, dominante en los años noventa, pero influyente hasta el comienzo de la crisis. Ante todo, cabe resaltar la naturalización del fenómeno; es decir, no se advirtieron sus riesgos ni sus consecuencias negativas para la salud y la calidad de la vida democrática (Alaminos, 1994). En segundo lugar, la responsabilidad de la desafección política se atribuyó casi en exclusiva a los propios jóvenes. Aunque se admitió el peso de los medios de comunicación en la creación y transmisión de esta imagen, se pasó más bien por alto el papel de los factores estructurales e institucionales.

El número de trabajos académicos que contribuyeron a formular y difundir esta imagen es ciertamente abundante. El informe *Jóvenes y política. El compromiso con lo colectivo* (Megías Valenzuela, 2006), aunque posee una riqueza metodológica y analítica no muy habitual en este campo (3), nos permite resumir de forma muy clara los principales argumentos de esta lectura despolitizada de la realidad juvenil. La siguiente cita condensa a la perfección los postulados:

“El caso es que esa imagen del joven “pasota”, despreocupado, hedonista, pragmático, tolerante con lo que no le compromete en exceso pero huido de compromisos cercanos, que ha ido creciendo desde los años ochenta, se acrecienta a medida que esos mismos jóvenes responden las preguntas de estudios sectorialmente enfocados: absoluto desinterés por la política, desprecio por los políticos, escasa preocupación por la actualidad nacional e internacional, escasa participación en tareas de la comunidad, bajas tasas de afiliación o pertenencia a agrupaciones de acción social, escasa confianza en el papel de las instituciones, pobre percepción del propio papel como ciudadanos...” (Megías Valenzuela, 2006: 9).

A partir de aquí, se defiende una concepción de juventud construida sobre la ausencia de responsabilidad, el hedonismo y una rebeldía muy controlada. En consecuencia, sus identidades giran en torno al consumo y el ocio, crecientemente diferenciados del de los adultos. De ahí, la consciente dilatación de la asunción de responsabilidades ciudadanas y, por tanto, el alejamiento –totalmente consciente y voluntario– de los centros de toma de las decisiones políticas. La no participación e implicación en lo colectivo se asumen como un rasgo que define la etapa juvenil, lo que genera una representación despolitizada de la ciudadanía, en la que priman los derechos otorgados sobre las obligaciones y los intereses individuales sobre los colectivos:

“La tendencia dominante apunta hacia posturas distanciadas, limitadas por el ámbito de los propios intereses, legitimadas por la convicción de que son

(3) La investigación realizada por la FAD se basa en los datos obtenidos en una encuesta a jóvenes entre 15 y 24 años y en el análisis de los discursos juveniles recogidos en ocho grupos de discusión. El informe propone una tipología de cinco tipos de jóvenes según su implicación y participación sociopolítica: indiferentes (28,6%), escépticos (21,2%), de partido (21,2%), proactivos (17,9%) y apolíticos (11%).

compartidas por la mayoría del grupo generacional. Posturas que, además, no parecen suponer mayor inquietud desde el momento en que se viven como lógicas, como condicionadas por el contexto o como producto de situaciones ajenas o preestablecidas” (Megías Valenzuela, 2006: 294).

Estas características se corresponden con una cultura política definida por el escaso interés por la política institucional, como muestra que entre 1980 y 1990 descendiera el porcentaje de jóvenes muy o bastante interesados en casi 20 puntos (Alaminos, 1994) y entre 1990 y 2004 oscilaran entre el 19% y el 23%. Su socialización política también era débil y, además, primaban los sentimientos negativos frente a la misma: desconfianza, aburrimiento e indiferencia (Moral y Mateos, 2002). El alejamiento los canales tradicionales de representación –en concreto, los partidos políticos– era una consecuencia lógica de todo lo anterior. Incluso el voto, siempre considerado como un derecho ciudadano clave, despertaba poco interés entre los jóvenes, cuyo abstencionismo es siempre mayor que el de los adultos. No obstante, estos mismos estudios constataban un cierto movimiento hacia actividades de voluntariado o hacia las asociaciones, aunque no se olvidaba que seguían siendo un fenómeno minoritario.

La conclusión a la que se llega se deduce de todo lo anterior. Si no hay nada alrededor del joven que le impulse hacia la acción comprometida y la política se considera un ámbito de responsabilidad de los adultos, es lógico concluir que se estaba construyendo una ciudadanía despolitizada, en la que la mayoría de los jóvenes apuestan voluntariamente por excluirse de los asuntos colectivos. Se trataba, en suma, de una “autoexclusión”.

3.2. Problematicar la desafección política de los jóvenes

A pesar del énfasis en la normalidad de la apatía política juvenil, algunos de estos trabajos ya apuntaban hacia una concepción más compleja de la participación política juvenil y una nueva formulación de la “juventud como problema”. A finales de los noventa, se detecta un cambio de la interpretación de la desafección política y de la transformación de valores con un énfasis hasta entonces minoritario sobre las consecuencias negativas de estos fenómenos, al tiempo que se buscaron signos del desplazamiento de la implicación juvenil hacia a otros ámbitos de la vida pública. El análisis sociopolítico señaló las carencias de la matriz cultural de la democracia española (Colomer, 1998), y lo que unos años antes había sido prueba de normalidad pasó a ser una debilidad con un indudable impacto en la “calidad” de la vida democrática. En cierto modo, se anunciaba la profunda revisión de la transición y de los fundamentos de la vida democrática que se produjo a comienzos del siglo XXI.

Ante todo, se subrayaron las debilidades de las dimensiones simbólicas de la ciudadanía; es decir, la fragilidad de las bases del “nosotros común” ciudadano, consecuencia de las limitaciones de la socialización política de las nuevas generaciones (Morán, 1997). Por otra parte, se insistió en que los marcos institucionales no favorecían la implicación cívica. En el caso español, ambas cuestiones suscitaron las preocupaciones por el papel de la desafección política en una posible crisis de legitimidad democrática. En la misma línea, se atemperó el optimismo sobre el aumento del asociacionismo y el voluntariado. Se cuestionaron los resultados de ciertas investigaciones

sobre el desarrollo del tercer sector (Ariño, 2004; Morales, 2005; Montero, Font y Torcal, 2006) que entendían –en la línea de Putnam (1993)– que la participación en asociaciones de todo tipo tenía una influencia positiva en la implicación política puesto que favorecía el desarrollo del capital social. En definitiva, se criticaron los postulados acerca del impacto de una sociedad civil rica en la vida política (Pérez Díaz, 1997), poniendo en duda la relación directa y no problemática entre ambas esferas.

Pero la principal problematización de la desafección política juvenil provino de los estudios de las transiciones juveniles que suscitaron nuevas interpretaciones de los obstáculos de su integración sociopolítica en un contexto de bonanza económica. Se fue sustituyendo la culpabilidad de los jóvenes y el énfasis en los valores por la influencia de las condiciones de contexto que les “forzaban” a dilatar su dependencia o semi-dependencia. Ello dificultaba, al tiempo, la plena asunción de sus derechos y deberes cívicos, y en particular hacer realidad su implicación política. En definitiva, se empezó a hacer hincapié en las consecuencias más negativas de su exclusión sociopolítica. Así, estos trabajos adoptaron una explicación generacional, en la que el peso del contexto socioeconómico e institucional jugaba un papel clave.

Los trabajos de López Blasco son un buen ejemplo de este giro (López Blasco, 2005; López Blasco y Walther 2004). Comenzó reconociendo que los jóvenes dilataban sus transiciones “a pesar suyo” y condicionados por la economía familiar. Y, aunque admitió que sus tránsitos estaban marcados por la clase social de origen, advirtió que las familias españolas se esforzaban por aumentar la formación de sus hijos/as aunque la inserción en el mercado laboral había dejado de ser el factor clave de la independencia económica. En el cambio de siglo, se mantenían altas tasas de paro juvenil, el trabajo de los jóvenes sufrió una creciente precarización, y otros factores dificultaron abandonar el hogar de la familia de origen, concretamente la subida del precio de la vivienda. Puesto que el individualismo y las relaciones personales seguían siendo los principales ejes de su satisfacción vital, no sorprendía la pobreza de su implicación política, ni tampoco que prefirieran alternativas de participación mucho más individuales (Benedicto y Morán, 2013).

Todos estos factores sentaron las bases de un pacto intergeneracional, especialmente sólido en las familias de clase media. Ante los obstáculos para lograr su plena incorporación socioeconómica y la realización de sus aspiraciones personales y profesionales, los jóvenes aceptaban renunciar (parcialmente) a su autonomía, “a la espera de tiempos mejores”, para reforzar su capacitación e incorporarse en mejores condiciones al mercado de trabajo. Un pacto reforzado por las políticas públicas de juventud, que no promovían el logro de su autonomía. Así, surgieron las primeras valoraciones de los costes a medio y largo plazo del retraso de la asunción de la ciudadanía plena de los jóvenes en España, de mantenerlos “en los márgenes” de lo público. Ante todo, se entendió que ello limitaba la calidad de la vida democrática y aumentaba los riesgos de una importante crisis de legitimidad. Además, nada indicaba que se pudiera recuperar su lealtad y adhesión una vez concluidas sus transiciones, puesto que sólo se constataba la debilidad de los valores cívicos y la limitación de los espacios y experiencias en donde éstos pudieran ser aprendidos y puestos en práctica. Las consecuencias de este vaciamiento de la vida democrática a medio plazo eran inciertas. Surgieron signos de alarma ante las consecuencias no

deseadas de una traslación de la implicación cívica juvenil a la política de la protesta. Por otra parte, también se encuentran las primeras advertencias acerca de los peligros de la pérdida de peso de los valores democráticos tradicionales. Por ejemplo, si unos años antes se insistía en los valores asociados a la libertad individual, en ese momento se prestó atención al surgimiento de actitudes intolerantes de los jóvenes frente a la diversidad; concretamente, ante la inmigración.

Así, otros estudios se hicieron eco de estas preocupaciones, tratando de matizar el argumento de la singularidad de la participación política de los jóvenes españoles, al tiempo que considerar las posibles consecuencias de su desafección política. Mariona Ferrer (2006) planteó como hipótesis esta rotunda aseveración:

“Por lo tanto, cuando se afirma que los y las jóvenes participan poco en política, o se observa que muestran ciertas actitudes críticas respecto al sistema político y/o sus actores principales, cabe puntualizar que lo hacen de forma similar al conjunto de los españoles, en ningún caso, son una excepción” (Ferrer, 2006: 197).

Su análisis le llevó a comprobar que la política jugaba un rol marginal en la vida de todos los españoles, aunque es todavía más entre los jóvenes. Pero no encontró diferencias significativas entre jóvenes-adultos (24-29 años) y adultos en la gran mayoría de los indicadores clásicos de la desafección política (interés por la política, competencia ciudadana, satisfacción con la democracia, identificación partidista y con movimientos alternativos...). La única diferencia significativa era el voto y la donación de dinero a organizaciones políticas, pero en el resto de acciones políticas los jóvenes participaban en igual medida que los adultos, o incluso más en algunos casos.

“En definitiva, se puede concluir que la juventud española es bastante similar al resto de la población en cuanto a sus pautas de comportamiento político. En otras palabras, si se destaca su pasividad, se tendría que generalizar para el conjunto de la sociedad española.” (Ferrer, 2006: 205).

Unos resultados y una interpretación muy similares expuso Eva Anduiza (2001) en su estudio comparativo entre las actitudes, valores y comportamientos políticos de los jóvenes españoles y los europeos. No nos interesa resaltar las significativas diferencias de nuestros jóvenes con los europeos, sino mostrar cómo contribuyó a desterrar la imagen de unos jóvenes desencantados por voluntad propia. Concretamente, encontramos por primera vez la afirmación de que, aunque el grado de interés de los jóvenes en España por cuestiones políticas era muy bajo comparado con otros países europeos, era mayor que el de los adultos españoles. Igualmente, no existían diferencias significativas en la satisfacción con el sistema democrático pero sí en la competencia ciudadana. Aunque pueda parecer sorprendente, la eficacia interna de los jóvenes españoles (considerar que pueden influir en el gobierno) era bastante elevada en comparación con los jóvenes europeos y, además, era mayor que la de los adultos españoles. En suma, la autora concluye que la edad influye sobre todo en la autoubicación ideológica –más a la izquierda entre los jóvenes– y en la participación electoral –más elevada entre los adultos– posiblemente porque los jóvenes valoran de forma más negativa las elecciones como mecanismo para influir en el gobierno. Pero su presencia en todas las actividades ajenas a los canales de representación y a la política electoral era mucho más elevada (Anduiza, 2001).

3.3. La debilidad de la condición ciudadana juvenil: impotencia cívica y frustración social

Si en las dos versiones del imaginario juvenil despolitizado que acabamos de analizar se asume –de forma más o menos intensa– la debilidad del vínculo jóvenes-política como un rasgo prácticamente ‘natural’ del momento socio-histórico en el que vivimos, en esta tercera versión, por el contrario, se admite la mencionada debilidad pero el énfasis se pone en la investigación de las causas de esta situación. Es decir se parte de la constatación empírica de que para la mayoría de la población juvenil *“ser joven significa, así, manifestar que la política no les interesa, les es ajena y es algo, una vez más, en lo que no pueden influir”* (Morán y Benedicto, 2003: 118). Pero las raíces del fenómeno no se buscan en la propia condición juvenil ni en un contexto inaccesible, sino más bien en el proceso de construcción de la ciudadanía entre los jóvenes españoles.

La reflexión sobre la ciudadanía juvenil no ha tenido mucho peso en los estudios de juventud, pero ha abierto nuevas vías para el análisis de su implicación cívica. Esta perspectiva ha insistido en la estrecha vinculación entre sus procesos integración social y política –de su constitución como ciudadanos plenos–, al tiempo que ha subrayado algunas limitaciones de los estudios sobre la participación política juvenil. Entre sus aportaciones, hay que referirse al hecho de haber trabajado con una concepción de implicación más laxa, que supera la tradicional división entre la participación en organizaciones sociales y estrictamente políticas. Puesto que se trata de comprender cómo se forman los vínculos entre los jóvenes y lo público, el interés se desplaza hacia los procesos de aprendizaje de los marcos simbólicos y culturales de la vida política, la politización de las demandas y las formas de implicación en acciones colectivas o en organizaciones de muy diverso tipo (Benedicto y Morán, 2002, 2003). A partir de lo anterior, es fácil entender por qué se opta por metodologías cualitativas que, a través del análisis de los discursos y de la observación de las prácticas de los jóvenes, captan el modo en que éstos atribuyen significados a lo público y a su propia condición ciudadana.

En el caso español, las investigaciones proporcionan una explicación más completa y compleja de las dificultades de los jóvenes para lograr su protagonismo cívico. Es decir, proporcionan una comprensión más rica y matizada de la desafección política, entendida como un problema importante para la sociedad española, y además, incorporan nuevos elementos para comprender el activismo y la innovación política de ciertos grupos de jóvenes. Formulados de un modo ciertamente esquemático, sus principales resultados son los siguientes. Ante todo, el análisis de los discursos de distintos tipos de jóvenes ha permitido comprobar que los principales factores de la desigualdad social siguen siendo decisivos para entender las distintas vías –sus obstáculos y oportunidades– de su integración sociopolítica. Pero ello no significa obviar la innegable individualización de sus tránsitos, por lo que nuestros jóvenes se sienten obligados a diseñar estrategias individuales para realizar sus aspiraciones de autonomía (López Blasco, 2005). En una compleja interacción entre condiciones estructurales y capacidad de agencia, estos ‘ciudadanos en construcción’ son conscientes de que juegan con las cartas marcadas, aunque están obligados a tomar elecciones individuales de las que depende la dilatación y el éxito de sus transiciones.

Por otra parte, a pesar de la debilidad de los “marcos culturales” de la democracia española, ello no implica operar con una imagen de jóvenes con escasas competencias y capacidades ciudadanas. Cuando se presta atención a sus discursos, bajo una retórica de “pasotismo” y en ocasiones bastante agresiva, encontramos niveles razonables de información política, un vocabulario político bastante rico y un notable interés por los asuntos públicos. Además, a pesar de sus diferencias, los jóvenes españoles comparten su concepción de ser un grupo “en los márgenes de la vida social”. De ahí que repitan con frecuencia la expresión “no nos escuchan” (Benedicto y Morán, 2013).

Ciertos factores estructurales explican esta extendida percepción de marginación sociopolítica. Los jóvenes han perdido un considerable peso demográfico lo que implica que ya no sean un grupo prioritario para las políticas sociales. Paralelamente, los obstáculos para lograr su autonomía se han exacerbado con el estallido de la crisis económica. Desde comienzos de siglo, se produjo una creciente frustración social consecuencia del bloqueo de sus expectativas de realización personal y profesional. En los márgenes de la vida social, y afectados también por la escasa implicación cívica que permite nuestro sistema democrático, las oportunidades para ejercer sus derechos y deberes son muy escasas. Así, la frustración social que conlleva admitir el fracaso del pacto familiar de dilatar su dependencia para mejorar sus oportunidades de integración socioeconómica se convierte en impotencia cívica.

Pero reconocer que la impotencia cívica es un elemento clave para entender la relación de los jóvenes españoles con lo público, no significa apoyar las tesis de su desafección política. Ello es así porque esta impotencia da lugar a distintos discursos que van desde el rechazo directo a un sistema que ‘no cuenta con ellos’ –un pasotismo que en ocasiones posee un componente crítico–, pasando por la resignación y aceptación de formas de participación convencional –en concreto, el voto–, hasta llegar a la búsqueda de espacios y medios alternativos en los que hacer realidad su condición ciudadana. Es cierto que las experiencias y condiciones de vida de los jóvenes dificultan una identidad juvenil fuerte, y explican la sobrevaloración de lo cercano –del ‘close to home’– como lugar por excelencia de la ciudadanía participativa. Finalmente, no se pueden negar sus considerables dificultades para politizar temas que les afectan directamente. Pero aun así, algunos jóvenes –si bien de forma minoritaria– han jugado un papel muy relevante en las nuevas formas de participación política que han ido surgiendo al menos desde comienzos de siglo.

4. El activismo social y político de los jóvenes: un fenómeno en constante transformación

El predominio de una perspectiva individualista y en ocasiones descontextualizada en el análisis de la participación de los jóvenes en la vida social y política española ha contribuido, como acabamos de analizar, a consolidar y justificar una imagen pública del colectivo juvenil más proclive al hedonismo que al compromiso colectivo, cuyas preocupaciones no rebasan el ámbito de sus intereses personales. Sin embargo, esta

interpretación dominante no puede tampoco hacer olvidar otros enfoques que, con diferentes argumentos y perspectivas analíticas, resaltan la capacidad de determinados grupos de jóvenes para convertirse en actores sociales y políticos, mediante una presencia activa en la esfera pública y un alto grado de compromiso colectivo. Aunque a lo largo de estos años aparecen planteamientos diversos, todos ellos comparten una concepción de la participación más centrada en los procesos de acción colectiva en los que participan los jóvenes y en las prácticas que allí se desarrollan. Las motivaciones individuales dejan paso a las identidades generacionales y la política entendida en su sentido institucional más restringido se amplía hasta abarcar la gestión y resolución de los problemas colectivos (Parés, 2014: 47).

Las diferentes representaciones sobre el activismo juvenil guardan una estrecha relación con las profundas transformaciones que ha sufrido el fenómeno en sí mismo, sus protagonistas, los significados que se le atribuyen o el propio contexto sociopolítico en el que tiene lugar. Pero también han cambiado las formas de mirar e interpretar ese fenómeno desde las ciencias sociales y en concreto desde los estudios de juventud. Por eso, en lugar de establecer una suerte de evolución histórica a lo largo de estos años como si se pudiera analizar el activismo juvenil como un fenómeno aislado del proceso polémico de su conceptualización, optaremos por subrayar los diferentes énfasis temáticos presentes en la producción investigadora.

4.1. De la despolitización juvenil al compromiso solidario

En primer lugar, hay que referirse al tema del asociacionismo juvenil, una cuestión que adquirió una enorme relevancia a partir de la segunda mitad de los años 90. En los años previos, la mayoría de los especialistas se preocuparon, como hemos visto en el anterior apartado, por el alejamiento de muchos jóvenes de la política en general y más en particular de las instituciones democráticas fundamentales, como los partidos políticos o el voto.

La consolidación de la democracia fue desplazando las prioridades colectivas hacia nuevas áreas de la vida social. La etapa de normalización democrática generalizó, en los ámbitos intelectuales y en la opinión pública, el relato del éxito modélico de la transición (Tezanos, Cotarelo y de Blas, 1989; Cotarelo, 1992) y el énfasis se desplazó hacia la construcción del Estado del bienestar. En este contexto, el asociacionismo altruista, el voluntariado o la solidaridad colectiva empezaron a recibir una gran atención, puesto que ya no se trataba de debatir sobre la construcción del nuevo sistema político, sino de la contribución de los ciudadanos al bienestar colectivo. Además, no debe olvidarse que en los años 90 se asistió a un renacimiento de la sociedad civil como ámbito privilegiado de participación ciudadana y una agudización de la crisis del Estado del bienestar que parecía exigir nuevas soluciones más allá de las esferas estatales (Cohen y Arato, 1992). En este contexto, se enmarca la especial atención que los especialistas en juventud otorgaron al asociacionismo juvenil y especialmente a un asociacionismo altruista basado en el voluntariado solidario siempre minoritario pero con una alta legitimación entre las nuevas generaciones (Ariño y Llopis, 2003).

Entre los muchos estudios sobre este tema, resulta especialmente interesante el de Rafael Prieto Laccaci (1998), titulado *Tendencias del asociacionismo juvenil en los años 90*, en el que efectuaba un balance de la evolución y de las características del asociacionismo juvenil en las dos décadas de democracia. Esta obra muestra cómo el tópico del pasotismo y desinterés de los años 80 es sustituido por la imagen también estereotipada de una juventud preocupada por los problemas colectivos, y dispuesta a realizar acciones altruistas.

“La imagen de una juventud solidaria podría ser el nuevo tópico de esta segunda mitad de los 90. En este sentido no faltan los discursos que destacan las actitudes altruistas de los jóvenes su solidaridad con los países del tercer mundo o con los grupos sociales marginados y su participación en asociaciones que se dedican a ayudar a los demás” (Prieto Laccaci, 1998: 78).

Un tópico que, sin embargo, no se ajusta del todo a la realidad según reconoce el propio autor:

“La existencia de estos hechos resulta innegable, pero no creemos que se trate de una novedad absoluta ni que la solidaridad sea el principal rasgo que defina a la juventud de hoy” (Prieto Laccaci, 1998: 78).

Si atendemos a los datos que se proporcionan tanto en esta obra como en otras investigaciones, el asociacionismo juvenil nunca ha tenido una importancia cuantitativa destacada. A lo largo de los 90 y principios del 2000 la pertenencia a asociaciones oscila entre el 36% y el 39%, porcentaje que desciende bruscamente en la primera década del siglo XXI, de acuerdo con el Informe Juventud en España 2012 que sitúa la tasa de asociacionismo juvenil en el 22%. Los porcentajes se reducen mucho más cuando se trata de la participación en actividades de voluntariado altruista o solidario (en torno al 10%) o en asociaciones dirigidas a la transformación social (entre el 2 y el 5%). Pero ello no impide que se resalte la predisposición de los jóvenes hacia el voluntariado y la elevada legitimidad de las asociaciones y grupos vinculados a los nuevos movimientos sociales (Prieto, 1998; Ariño y Llopis, 2003; INJUVE, 2013).

Una de las cuestiones más importantes al hablar del asociacionismo de los jóvenes es su heterogeneidad, que lleva a agrupar bajo una misma denominación fenómenos con matrices ideológicas diferentes y en ocasiones contrapuestas, con lógicas diversas y con consecuencias sociopolíticas también. Ariño y Llopis distinguen tres modalidades asociativas: las comunidades de práctica –entidades autocentradas cuyos los socios comparten una afición–, las organizaciones altruistas de prestación de servicios para la solución de problemas concretos, y las asociaciones de defensa de causas que conllevan proyectos de transformación social. Los estudios más descriptivos suelen centrarse en las comunidades de práctica, dado que son las más numerosas, mientras que los estudios más críticos se preguntan por la construcción de los jóvenes como sujetos políticos a través de la acción solidaria altruista y la defensa de causas colectivas.

La pregunta latente en estas investigaciones es cómo interpretar este auge –más mediático que real– del asociacionismo juvenil y la legitimidad que conceden a las ONGs, aunque no participen mucho en ellas. Bastantes de los estudios afirman que, en un momento de desconfianza mayoritaria hacia la política institucional, el voluntariado altruista y solidario revela el activismo de unos jóvenes que buscan fórmulas alternativas para hacerse

presentes en la sociedad. Implícitamente, se sostiene que muchos trasladan su compromiso cívico a la esfera de la solidaridad altruista, sustituyendo el modelo clásico de la militancia por una vinculación menos exigente que, además, les permite desarrollar acciones creativas, eficaces socialmente (Funes, 1999). Al tiempo, encontramos una fuerte corriente crítica que relaciona el ascenso del asociacionismo con la crisis del Estado del Bienestar. Luis Enrique Alonso (1999) es uno de los autores que mejor ha criticado esta visión y el optimismo que acompañó al desarrollo del tercer sector. Para él, el asociacionismo de los jóvenes es producto de un ciclo largo de participación social en el que, tras el repliegue y fragmentación de lo juvenil en universos simbólicos micro de los 80, se produce un discurso de la participación juvenil vinculado a la cooperación y la solidaridad. En éste, se mezclan individualismo y altruismo con una perspectiva explícitamente apolítica, cuando no antipolítica. Alonso habla de una solidaridad sin política que sustenta y legitima la nueva fórmula de Estado de bienestar en la que la redistribución deja paso a la integración de grupos marginales.

4.2. Movilización política de los jóvenes y reconfiguración del imaginario colectivo

Este debate sobre la naturaleza del voluntariado juvenil y su significado político tiene su auge en los años del cambio de siglo, pero paralelamente se comienza a insistir en la implicación juvenil en temas colectivos y en su presencia en los movimientos sociales que, por entonces, empiezan a llamar la atención, especialmente el movimiento antiglobalización (Pastor, 2002). Las protestas de Seattle (1999), Praga (2000) o Génova (2001), el bloqueo de la reunión del Banco Mundial en Barcelona (2001), las movilizaciones del Nunca Más (2002) y el movimiento contra la guerra de Irak (2003) son hitos de un ciclo de movilización y protesta suscitado por la profundización de la hegemonía neoliberal en un mundo cada vez más globalizado, y que convierte a los jóvenes en protagonistas de los 'novísimos' movimientos sociales (Feixa, Saura y Costa, 2002). No obstante, ya no se trata de movimientos estrictamente juveniles, a diferencia del anterior movimiento estudiantil, sino que se proclaman intergeneracionales y con reivindicaciones transversales, aunque la mayoría de los activistas sean jóvenes.

Esta segunda tendencia de análisis del activismo juvenil opera con otra forma diferente de mirar e interpretar la implicación de los jóvenes en la arena pública. De la imagen del joven solidario preocupado por los otros, comprometido con lo social y que trata de contribuir a mejorar los problemas comunes, se pasa a hablar de movilizaciones colectivas en las que los jóvenes juegan un papel destacado, por su presencia como activistas y porque incorporan innovaciones acordes con la nueva condición juvenil de las sociedades de la segunda modernidad, como por ejemplo el uso masivo de las nuevas tecnologías. Al tiempo, en estas formas de acción colectiva los jóvenes construyen nuevas identidades generacionales, sentidos alternativos a los hegemónicos en el mundo de los adultos y nuevas formas de ciudadanía.

El monográfico "Movilización social y creatividad política de la juventud" de la *Revista de Estudios de Juventud*, coordinado por María Jesús Funes (2006), es un buen ejemplo de esta línea de investigación. En su introducción se plantea una distinción muy interesante entre participación y movilización:

“Participar es actuar, implicarse, formar parte de algo. Movilizar, incluye un aspecto dinámico, supone ‘poner en acto’, activar recursos, mover voluntades. Pueden entenderse como dimensiones (o aspectos) de un mismo fenómeno o como realidades relativamente diferenciadas. El concepto de participación no incorpora, necesariamente, elementos propositivos ni intencionalmente políticos, sino que puede ser avalorativo en términos políticos. Movilización, en cambio, nos lleva a imaginar una actividad con intención de influencia o presión social” (Funes, 2006: 20).

Sobre esta distinción, y utilizando ampliamente la teoría de los movimientos sociales, se argumenta la necesidad de dejar de preocuparse por los actos participativos de los jóvenes y sustituirlo por el análisis de la acción colectiva de los movimientos sociales en los que los jóvenes son protagonistas y de las prácticas que desarrollan. De las acciones preestablecidas de carácter formal codificadas en preguntas de encuesta, se pasa a indagar las prácticas colectivas no convencionales en las que los jóvenes se socializan en el compromiso político, se encuentran con otros y se vinculan con determinadas causas (Soler, 2013).

El planteamiento de Funes (2006) cuestiona la imagen de la generalizada despolitización y apatía juvenil, sustituyéndola por otra más compleja en la que los sectores juveniles alejados de lo político coexisten con otros que actúan a través de procedimientos alejados de los patrones clásicos de la acción política, pero que pretenden transformar la realidad en la que viven.

“Se trata de actividades que se sostienen en la dramatización social, la espectacularización de los discursos, o el diseño de escenarios que no por el hecho de ser distintos, cambiantes o fragmentados carecen de sentido. En dichas prácticas se desdibuja la diferenciación funcional de la política en relación con sus límites clásicos que separan la vida cotidiana de la institucional, la esfera pública de la privada; y así, favorecen la adecuación entre la vida política de los individuos y la dimensión social de su identidad personal”. (Funes, 2006: 12).

El concepto de creatividad política juvenil supone una aportación destacable por cuanto remite a cuestiones fundamentales de nuestro campo de estudio. Supone entender la política no como un ámbito definido institucional o normativamente, sino como un ámbito de la vida colectiva en continuo proceso de re-configuración a través de las prácticas de los actores allí presentes (ciudadanos, grupos, elites, instituciones estatales, etc.). Así, los jóvenes se habrían convertido en actores destacados de la reconfiguración de lo político al ampliar los límites de la participación en tres direcciones: más allá de la democracia institucional, de la división vida privada-espacios públicos y de la división *online-offline* (Pleyers y Karbach, 2014). Por otra parte, vincular creatividad política y juventud implica reconocer su heterogeneidad interna, la existencia de sectores emergentes, poco visibles pero con gran capacidad de incidir en la realidad, y la pluralidad y riqueza de su repertorio de acciones. A través de estas acciones expresan su propósito de ser protagonistas en la esfera pública y en los procesos de transformación social. La dimensión lúdica, la centralidad de la socialidad, la dramaturgia de sus acciones o el uso de las nuevas tecnologías aparecen como rasgos de esta creatividad política que tendrá en el 15-M uno de sus máximos exponentes.

La referencia al 15-M en este campo de análisis resulta imprescindible por cuanto, casi desde su aparición, ha articulado un nuevo imaginario sobre

la relación entre jóvenes y política. Como afirman Sanz y Mateos (2014: 30) “el 15-M tuvo un impacto extraordinario en el imaginario colectivo, poniendo letra a una música de fondo que venía sonando desde hacía ya tiempo”. En efecto, las continuas quejas sobre la falta de reacción de la juventud ante una crisis que obstaculizaba el logro de una integración socioeconómica exitosa y que era una demostración más de pasotismo se convierten, casi de la noche a la mañana, en elogios sobre su capacidad para impulsar una nueva cultura participativa que dota de sentidos renovados a la imagen del ciudadano activo y comprometido (Funes, 2012; Gil Calvo, 2013a) (4).

Durante toda la primera década del 2000, se habían acumulado abundantes indicios sobre la creciente vulnerabilidad de los jóvenes en la sociedad adulta (Benedicto y Morán, 2013), así como sobre las transformaciones de la relación jóvenes-política, tal y como acabamos de comentar. Sin embargo, no se ha prestado mucha atención ni a las ‘corrientes soterradas de resistencia’ (Betancor y Cilleros, 2014) que constituyeron el fermento necesario para que el movimiento de los indignados se hiciese realidad (5), ni tampoco a los factores que explican cómo amplias capas de jóvenes sin experiencia participativa anterior se implicaron activamente en un proceso de resignificación de la política, más allá de los límites institucionales establecidos (Pastor, 2012). Del joven desenganchado de la política, con un alto grado de desafección institucional y sólo preocupado por enfrentarse a la crisis se pasa, casi sin solución de continuidad, al relato de una ‘generación indignada’ (Feixa y Nofre, 2013) con un elevado potencial de politización y movilización colectiva, y que plantea en el espacio público nuevas formas de hacer y entender la política (Sanz y Mateos, 2014) (6).

Este nuevo imaginario colectivo –impulsado en parte por una opinión pública necesitada de héroes mediáticos– ofrece, como le ocurría al anterior, una lectura de la realidad juvenil básicamente homogénea, que omite su diversidad, las debilidades de sus identidades ciudadanas, y la poderosa influencia de una razón neoliberal que expulsa a los jóvenes del ámbito de lo colectivo, empujándolos hacia la esfera del consumo como lugar privilegiado para cumplir sus deseos y necesidades, tanto individuales como generacionales. Por lo que respecta a la política y la participación, esta conceptualización subraya la ampliación y diversificación de sus significados, quebrando así la imagen tradicional de la política como una actividad especializada en la que los ciudadanos participan de acuerdo con unos procedimientos preestablecidos. Esta nueva forma de interpretar la política y los procesos de participación abre un camino interesante para estudiar las lógicas que los diferentes sectores juveniles construyen sobre lo colectivo; cómo las combinan y las utilizan para dar sentido a la realidad que los circunda (Benedicto, 2013).

(4)

Este optimismo incluye al conjunto de la ciudadanía: “el mejor resultado obtenido como fruto de la performativa indignación del 15-M (es) el de transformar la conciencia y la identidad de la ciudadanía española, que de caracterizarse por su anterior cinismo político ha pasado a profesar una nueva cultura política, caracterizada, ahora sí, por masivas muestras cada vez más frecuentes e intensas de civismo participativo” (Gil Calvo 2013b: 237).

(5)

Sobre los antecedentes del 15-M véanse, entre otros, Sanz y Mateos (2011); Betancor y Cilleros (2014); Laraña y Díez (2012).

(6)

Sobre la construcción social de la ‘generación indignada’, véase el artículo de Feixa y Sánchez, en este monográfico. [Nota de los Coordinadores].

(7)

Sobre el impacto de las TIC en los estudios sobre juventud, ver el artículo de Puente, Fernández, Sequeiros y López en este monográfico. [Nota de los Coordinadores].

4.3. Jóvenes, Internet y política. Las ambivalencias de la política en la era digital (7)

Un consenso indiscutible de los trabajos realizados en los últimos años es el papel crucial atribuido a Internet y las NTICs en los procesos de politización de las nuevas generaciones. En consecuencia, existe un creciente acuerdo sobre la necesidad de “incorporar Internet como una variable ineludible en los estudios de participación política juvenil” (Parés, 2014: 53).

Inicialmente, la repercusión de Internet se enfocó desde una posición instrumentalista; es decir como un nuevo canal de comunicación que utilizaban preferentemente los jóvenes y que aumentaba exponencialmente las posibilidades de transmitir contenidos políticos con el consiguiente potencial movilizador, pero pronto se vio que su trascendencia iba mucho más allá. El éxito de las movilizaciones del 13-M tras los atentados de Atocha con su uso masivo de las redes sociales y los dispositivos móviles para movilizar sin depender de estructuras institucionales previas (Sampedro, 2005) constituye un primer ejemplo de su capacidad para transformar la actividad política de gentes muy diversas que se convierten en actores sin mediaciones organizativas. La Primavera Árabe, el 15M o el movimiento Occupy corroboraron la necesidad de analizar unas transformaciones que generaban un espacio de inter-conexión e inter-relación entre las personas y la construcción de una nueva esfera pública virtual donde se articulaba una concepción de la política y del activismo más amplia y horizontal, con lógicas de cooperación y colaboración diferentes (Feixa y Nofre, 2013; Anduiza, Cristancho y Sabucedo, 2014; Castells, 2012; Subirats, 2014, 2015; Toret, 2013).

Estas nuevas formas de acción colectiva mediadas por las NTICs han acuñado un nuevo concepto, la tecnopolítica, con un indudable potencial analítico para considerar la relación jóvenes-internet-política. Ésta ha sido definida como la 'capacidad colectiva de apropiación de herramientas digitales para la acción colectiva' (Alcazan et al., 2012: 8). De acuerdo con Feixa (2014), la tecnopolítica revela un cambio de las formas de movilización política, que abandonan la especialización espacial y temporal de la política tradicional para dispersarse por el cuerpo social en múltiples modalidades, utilizando el poder multiplicador de las herramientas digitales. Así, Internet constituye una herramienta de transformación e innovación político-cultural en la que los jóvenes tienen un papel protagonista dada su intensa socialización digital (Toret, 2013).

Sanz y Torres resumen muy acertadamente la multidimensionalidad de la influencia de internet en la política, en referencia a las nuevas generaciones:

“Las posibilidades que ofrece Internet y las nuevas tecnologías están permitiendo muchos cambios a nivel sociopolítico a múltiples niveles. Internet está siendo fundamental como espacio para crear nuevas formas de coordinación, movilización y de comunicación política, como canal que cuestiona la hegemonía a los medios de comunicación a nivel informativo, pero también como herramienta fundamental para poner en marcha nuevas iniciativas basadas en lógicas colaborativas y de cooperación, o como espacio de aprendizaje político” (Sanz y Torres, 2014: 50).

Aunque ya disponemos de estudios que analizan las relaciones jóvenes-Internet-participación política –muchos de ellos desde el militancismo digital–, es necesario seguir profundizando en esta cuestión, evitando el voluntarismo tecnológico de aquellos que piensan que el uso de las tecnologías por parte de los jóvenes hará desaparecer las formas tradicionales de acción política. Por el contrario, como argumenta Subirats (2014) en una reciente investigación, el escenario actual es sumamente complejo. Las formas tradicionales de hacer política, ancladas en la lógica estadocéntrica de la representación y la organización institucional, siguen siendo muy fuertes; en unos casos coexisten y en otros se hibridan con las nuevas formas de acción ancladas en la colaboración en red, dirigidas a convertirse en protagonistas del cambio social y político.

5. A modo de conclusión: la cambiante experiencia política de los jóvenes

A lo largo de estos 30 años de estudios de juventud, la pregunta sobre la relación jóvenes, política y participación ha ido variando y también lo han hecho las respuestas, conforme se modificaban el contexto sociopolítico y las prioridades colectivas. En este período, se han construido imágenes sobre la juventud, lo juvenil y la política que codifican en cada momento las formas ideales de entender y representarse la democracia, la participación ciudadana y la integración sociopolítica de las nuevas generaciones.

De la imagen predominante en la etapa de la consolidación democrática de un joven desinteresado, aburrido o desconfiado de la política, los partidos y las instituciones políticas, hemos pasado a la representación de una generación comprometida –a su manera– con lo colectivo, bastante politizada y que desarrolla formas de implicación y participación novedosas, más autónomas y variadas. Los cambios en los presupuestos de estos imaginarios tienen que ver, sin duda, con la propia evolución de unas ciencias sociales que han incorporado nuevos enfoques teóricos, conceptuales y metodológicos para analizar la realidad actual de los jóvenes. La ya comentada necesidad de ‘dar voz’ a los jóvenes ha generado estrategias metodológicas en las que los discursos y narraciones juveniles adquieren una mayor relevancia, permitiendo poner de relieve las complejas identidades políticas de los jóvenes y la propia polisemia de algunos conceptos como la desafección política, que deja de ser considerada como atributo de la juventud (Aguilera y Muñoz, 2015).

La distancia entre estas dos imágenes es innegable, pero tienen un elemento en común: las interpretaciones propuestas transmiten homogeneidad, reducen la complejidad del vínculo ciudadanos-política a unos rasgos más o menos estereotipados que invisibilizan los procesos colectivos de cambio. Frente a esta visión reduccionista que uniformiza la variedad de identidades políticas juveniles, los estudios de juventud necesitan subrayar una y otra vez la heterogeneidad del colectivo juvenil y la creciente complejidad de sus experiencias políticas. Si la lectura despolitizada de la juventud ha sido criticada por su individualismo y descontextualización, la idealización de una generación de jóvenes comprometidos con la resolución de los problemas colectivos puede llevar a una percepción errónea de la posición que ocupan los jóvenes en nuestras sociedades. No puede olvidarse la persistencia de obstáculos estructurales que empujan a los jóvenes hacia una posición de vulnerabilidad desde donde la implicación política resulta muy difícil. Además las razones que explicaban la desafección juvenil hacia la política institucional siguen aún vigentes.

Pero no sólo hay que admitir la profunda heterogeneidad del colectivo juvenil sino que su experiencia política es en sí misma el resultado de un proceso complejo en el que intervienen fuerzas contrapuestas. Anne Muxel lo expresa de forma clara: *“la experiencia política de los jóvenes toma forma en la rica y fascinante trama de sus vivencias, en el entrelazado de los azares y las necesidades, de las idiosincrasias singulares y las circunstancias históricas (...). Entre herencia y experimentación, el juego se hace a partes iguales pero sin que se pueda prever el mecanismo que a la larga va a prevalecer”* (Muxel, 2001: 173-174). Si bien en los últimos años, como consecuencia de las transformaciones que afectan a todos los ámbitos de la vida colectiva (social, político, cultural...), resulta especialmente relevante

investigar la lógica de la experimentación y la innovación, tampoco deberían olvidarse las trazas de las continuidades intergeneracionales, la acción de los determinantes históricos e institucionales. En último término, la dialéctica entre ambas lógicas de interpretación y acción constituye la base sobre la que se construyen unas identidades políticas cada vez más inestables e inciertas, carentes de sólidos principios de estructuración. Los jóvenes se mueven en varios mundos políticos, combinando significados, símbolos y categorías según una lógica en la que sus necesidades y circunstancias vitales juegan un papel decisivo (Benedicto, 2013).

Incorporar esta perspectiva de complejidad y relativa incertidumbre en la investigación de la vinculación jóvenes-política constituye, a nuestro juicio, uno de los desafíos que deben afrontar los estudios de juventud en un futuro próximo. Esta tarea requiere profundizar al menos en tres aspectos cruciales: el contexto de la politización juvenil, las peculiaridades de su implicación y la significación política de las nuevas formas de participación. Respecto al primero de ellos, resulta evidente que el ecosistema de su implicación política (Soler, 2015) está surcado por profundas transformaciones estructurales (transiciones vulnerables, nueva lógica de relación entre ciudadanos y política; amplias posibilidades de comunicación e inter-relación por la proliferación de las NTICs...) que repercuten en la conformación de las subjetividades políticas y también descubren nuevos espacio de acción. En la segunda dimensión, hay que seguir profundizando en las características y consecuencias de un tipo de activismo político emergente muy distinto de los parámetros del tradicional compromiso militante y en el que destaca el propósito de reducir al máximo las estructuras de intermediación, construyendo espacios virtuales de conectividad y experimentos con nuevas formas híbridas de compromiso y participación (Subirats, 2015). Por último, cada vez se hace más relevante entre las nuevas generaciones un tipo de participación cívica basado en una lógica colaborativa que se plasma en prácticas muy diversas (gestión de huertos urbanos, experimentos de economía colaborativa, autogestión de espacios urbanos, etc.) a través de las que los jóvenes buscan incidir en el espacio público, reformulando de esta forma el significado político de su participación.

Los retos de los estudios de juventud en este campo son evidentes. Vivimos en un cambio de época en el que emergen nuevos fenómenos y también nuevas formas de entender e interpretar el escenario sociopolítico que está surgiendo. Cómo se enfrentan las nuevas generaciones a estos cambios socioculturales puede aportar pistas interesantes para comprender mejor la especificidad juvenil, así como los retos a los que la sociedad en su conjunto debe dar respuesta en un futuro próximo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aguilera, O. y Muñoz Tamayo V.** (2015): Preguntas por la juventud, preguntas por la política. Acción colectiva, movimientos sociales y militancia en los estudios de juventud. Chile 1967-2013, en P. Cottet (editor), *Juventudes: metáforas del Chile contemporáneo*, pp. 69-103. Santiago, RIL editores.
- Alaminos, A.** (1994): La cultura política de los jóvenes en M. Martín Serrano, *Historia de los cambios de mentalidades de los jóvenes entre 1960-1990*, pp. 55-76. Madrid, INJUVE.
- Alcazan et al.** (2012): *Tecnopolítica, Internet y e-revoluciones. Sobre la centralidad de las redes digitales en el #15M*. Barcelona: Icaria.
- Alonso, L.E.** (1999): "La juventud en el tercer sector: redefinición del bienestar, redefinición de la ciudadanía. Revista Estudios de Juventud nº 45, pp. 9-20.
- Anduiza, E.** (2001): *Actitudes, Valores y Comportamiento Político de los Jóvenes Españoles y Europeos. Un estudio comparado*, Madrid, CIS. 2001.

- Anduiza, E.; Cristancho, C. y Sabucedo, J.M** (2014): Mobilization through online social networks: the political protest of the indignados in Spain. *Information, Communication & Society*, 17 (6), pp. 750-764.
- Ariño, A.** (2004): "Asociacionismo, ciudadanía y bienestar social", *Papers*, nº 74, pp.85-110.
- Ariño, A. y Llopis, R.** (2003): "Asociacionismo heterogéneo, voluntariado diverso". *Revista de Estudios de Juventud*, número especial 25 aniversario Constitución, pp. 173-192.
- Benedicto, J.** (2004): "Hacia una política participativa". *Zona Abierta* nº 106/107, pp. 225-260.
- Benedicto, J.** (2013): "The political cultures of young people: an uncertain and unstable combinatorial logic". *Journal of Youth Studies*, vol. 16, nº 6, pp. 712-729.
- Benedicto, J. y Morán, M.L.** (2002): *La construcción de una ciudadanía activa entre los jóvenes*, Madrid, INJUVE.
- Benedicto, J. y Morán, M.L.** (2003): *Aprendiendo a ser ciudadanos*, Madrid, INJUVE.
- Benedicto, J. y Morán, M.L.** (2013): "De la integración adaptativa al bloqueo en tiempos de crisis. Preocupaciones y demandas de los jóvenes" en M.L. Morán (coord.), *Actores y demandas en España. Análisis de un inicio de siglo convulso*, pp. 56-80. Madrid, Libros La Catarata.
- Benedicto J., Fernández L., Gutiérrez M., Martín E., Morán M.L. y Pérez A.** (2014): *Transitar a la intemperie. Jóvenes en busca de integración*. Madrid: INJUVE. [Disponible en www.injuve.es/observatorio/valores-actitudes-y-participacion/transitar-a-la-intemperie-jovenes-en-busca-de-integracion].
- Betancor, G. y Cilleros, R.** (2014): "El 15-M en retrospectiva. Análisis de un estudio cualitativo de opinión pública y de los activistas". *Anuari del Conflict Social 2013*. [Disponible en <http://revistes.ub.edu/index.php/ACS/article/view/10337/13129>].
- Castells, M.** (2012): *Redes de Indignación y esperanza*. Madrid: Alianza Editorial.
- Cohen, J. y Arato, A.** (1992): *Civil Society and Political Theory*. Cambridge (Mass.): MIT Press.
- Colomer, J.** (1998): *La transición a la democracia: el caso español* Barcelona: Anagrama.
- Cotarelo, R. (comp.)** (1992): *Transición política y consolidación democrática. España (1975-1986)*. Madrid: CIS.
- Duarte, C.** (2015): "Estudios juveniles en Chile: 'devenir de una traslación' en P. Cottet (editor), *Juventudes: metáforas del Chile contemporáneo*, pp. 23-46. Santiago, RIL editores.
- Feixa, C.** (2014): Juventud y participación política en la era digital. Estado del arte versus arte del Estado en J. Subirats (ed.) (2014): *Jóvenes, Internet y política*, pp. 96-125. Madrid: CRS-FAD.
- Feixa, C. y Nofre, J.** (Eds.) (2013): *#GeneraciónIndignada. Topías y utopías del 15M*. Lleida: Milenio.
- Feixa, C.; Saura, J. y Costa, C. (eds.)** (2002): *Movimientos juveniles: de la globalización a la antiglobalización*. Barcelona: Ariel.
- Ferrer, M.** (2006): "Jóvenes, participación y actitudes políticas en España, ¿son realmente tan diferentes?", *Revista de Estudios de Juventud*, nº 75, pp. 195-206.
- Funes, M.J.** (1999): Jóvenes y acción voluntaria: la edad como factor condicionante en la acción participativa. *Revista Estudios de Juventud* nº 45, pp. 87-92.
- Funes, M.** (coord.) (2006): "Movilización social y creatividad política de la juventud". *Revista de Estudios de Juventud* nº 75.
- Funes, M.J.** (2012): "2011: la política no convencional ia escena!". *Anuari del Conflict Social 2011*. [Disponible en <http://revistes.ub.edu/index.php/ACS/article/view/6263>]
- Gil Calvo, E.** (2002): "Emancipación tardía y estrategia familiar (el caso de los hijos que ni se casan ni se van de casa)". *Revista de Estudios de Juventud* nº 58, pp. 9-18.
- Gil Calvo, E.** (2013a): "Resistencia contra austeridad. La lucha contra el gran ajuste, en la estela del 15M" *Anuari del Conflict Social 2012*.
- Gil Calvo, E.** (2013b): "Dramatizar la agenda. La construcción performativa del antagonismo", en M.L. Morán (coord.), *Actores y demandas en España. Análisis del inicio de un siglo convulso*, pp. 209-238. Madrid: Libros La Catarata.
- González Calleja, E.** (2009): *Rebelión en las aulas: movilización y protesta estudiantil en la España contemporánea (1965-2008)*, Madrid, Alianza ed.
- Inglehart, R.** (1991): *El Cambio Cultural en las Sociedades Industriales Avanzadas*, Madrid, CIS.
- Injuve** (2013): *Informe Juventud en España 2012*. Madrid: INJUVE.
- Laraña, E. y Diez, R.** (2012): "Las raíces del movimiento 15-M. Orden social e indignación moral". *Revista Española del Tercer Sector* nº 20, pp. 105-144.
- López Blasco, A.** (2005): Familia y transiciones. Individualización y pluralización de formas de vida, en INJUVE *Informe Juventud en España 2004*. Madrid: INJUVE.
- López Blasco, A. y A. Walther (comps.)** (2004): "Políticas de juventud en Europa: Un contexto de flexibilidad e incertidumbre", *Revista de Estudios de Juventud* nº 65.

- Maravall, J.M.** (1978): *Dictadura y disenso político: obreros y estudiantes bajo el franquismo*, Madrid, Alfaguara.
- Megías Valenzuela, E.** (2006): *Jóvenes y política. El compromiso con lo colectivo*, Madrid, FAD-INJUVE.
- Montero, J.R., Font, J. y Torcal, M. (coords.)** (2006): *Ciudadanos, asociaciones y participación en España*, Madrid, CIS.
- Moral, F. y Mateos, A.** (2002): *El cambio en las actitudes y los valores de los jóvenes*. Madrid: INJUVE.
- Morales, L.** (2005): "¿Existe una crisis participativa? La evolución de la participación política y el asociacionismo en España", *Revista Española de Ciencia Política*, nº 13, págs. 51-87.
- Morán, M.L.** (1997): "¿Y si no voto, qué? La participación política en los años ochenta" en R. Cruz y M. Pérez Ledesma (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, pp. 359-386. Madrid: Alianza Universidad.
- Morán, M.L. y Benedicto J.** (2003): "Visiones de la ciudadanía entre los jóvenes españoles. Revista de Estudios de Juventud, número especial 25 aniversario Constitución, pp. 109-128.
- Muxel, A.** (2001): *L'expérience politique des jeunes*. Paris: Presses de Sciences Po.
- Noya, F.J.** (1991): "El valor de la ambivalencia. Las actitudes ante la meritocracia, la igualdad y el Estado de bienestar en España en perspectiva comparada", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 86, págs. 185-221.
- Noya, F.J. y A. Vallejos** (1995): *Las actitudes ante la desigualdad en España*, Madrid, CIS, Colección opiniones y actitudes.
- Orizo, A.** (1996): *Sistemas de valores en la España de los 90*, Madrid, CIS.
- Parés, M.** (2014): "La participación política de los jóvenes ante el cambio de época: estado de la cuestión" *Metamorfosis, Revista del Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud* nº 0, pp. 43-55.
- Pastor, J.** (2002): *Los movimientos antiglobalización*. Barcelona: RBA.
- Pérez Díaz, V.** (1997): *La esfera pública y la sociedad civil*, Madrid, Taurus.
- Pleyers G. y Karbach N.** (2014): *Young people political participation in Europe: What do we mean by participation?* Brussels: CoE/UE Youth partnership.
- Prieto Lacaci, R.** (1998): *Tendencias del asociacionismo juvenil en los años 90*. Madrid: INJUVE.
- Putnam, R.** (1993): *Making Democracy Work*, Princeton, Princeton University Press.
- Sampedro, V. (ed.)** (2005): *13-M. Multitudes on-line*. Madrid, Los Libros de la Catarata.
- Sanz, J. y Mateos, O.** (2014): "¿No es país para jóvenes? Juventud, indignación y cambio social en el contexto post-15M". Iglesia Viva nº 258, pp. 29-52 [Disponible en <http://precarityandyouth.org/wp-content/uploads/sites/36/2014/07/Descargar-pdf.1.pdf>].
- Soler R.** (2015): *Implicació política i juventud. Activismes, actituds i contextos en democracies en moviment*. Tesis doctoral. UAB.
- Soler, R.** (2013). *Democràcia, participació i joventut. Una anàlisi de l'Enquesta de participació i política 2011*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.
- Subirats, J. (dir.)** (2015): Ya nada será lo mismo. Los efectos del cambio tecnológico en la política, los partidos y el activismo juvenil. Madrid: CRS-FAD.
- Subirats, J. (ed.)** (2014): *Jóvenes, Internet y política*. Madrid: CRS-FAD.
- Tezanos, J.F.; Cotarelo, R. y De Blas, A. (eds.)** (1989): *La transición democrática española*. Madrid: Fundación Sistema.
- Torcal, M.** (1989): "La Dimensión Materialista-Postmaterialista en España: Las Variables del Cambio Cultural", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 47, págs. 227-254.
- Torcal, M.** (1992): "Análisis dimensional y estudio de valores: el cambio cultural en España", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 58, pp. 97-122.
- Toret, J.** (2013): *Tecnopolítica: la potencia de las multitudes conectadas. El sistema red 15M, un nuevo paradigma de la política distribuida*. IN3 Working Papers. Barcelona: UOC. [Disponible en <http://journals.uoc.edu/index.php/in3-working-paper-series/article/view/1878>].
- Verba, S., J.H. Nie y J.O. Kim** (1978): *Participation and political equality: a seven-nation comparison*, Cambridge, Cambridge University Press.